El bastión caníbal de la ternura

Ana Claudia Martínez

Image not found.

Capítulo 1

Cuando la invitó a cenar no sabía que iba a comer carne cruda.

La cita estaba planteada para las veintiuna horas – "horario normal, horario de cita", sentenció para sí mientras respondía un breve okey – y llegó puntual, perfumada, calzando sandalias planas y un vestidito liso.

El pasillo adornado con pétalos de jazmines recién cortados la fue guiando hacia la puerta principal. Lo primero que escuchó, tras el "toc toc" para que le abriera la puerta, fueron los acordes suaves y convocantes de Cerati – "Entre caníbales. El flaco tiene buen gusto, debe cojer como los dioses", pensó para darse ánimos y aplacar las mariposas que parecían haberse convertido en gusanos y se arrastraban entre los intestinos apretados – que le acompañaron hasta la mesa, una vez que éste la recibió con una sonrisa provocativa y le indicó la silla que aguardaba sus posaderas.

- Espero que no seas vegetariana, porque aquí, en mi humilde morada, lo único que vas a encontrar es pedazos de carne – tomó asiento en su lado derecho y, sin permiso, le sirvió la primera copa de vino tinto.
- ¿Cómo sabías que me gusta la carne cruda? – preguntó, dejándose llevar por la fascinación del miedo a ese hombre de ojos centelleantes.
- No sé… debe ser la forma en que sonreís, así, como sangrienta… o la forma de tus dientes, un poco torcidos y gastados, como si tuviesen experiencia desmenuzando densos trozos de carne. ¿Te gusta partir huesos? – aventuró, lo que ya sabía era cierto, tras una inocente pregunta.
- A veces. Depende. Los de pollo son los mejores, ¿no te parece? – guiñó en busca de la complicidad que desintegrara el agujero de miedo.
- Mmm… me encanta extraer la sangre coagulada que se escabulle entre las delgadas y crujientes paredes de esos tímidos huesitos – palpaba su delgado brazo derecho como si en ese instante se hubiese transformado en una gallina agonizante.

Rápida para responder a la provocación tomó el cuchillo y el tenedor. Con suma delicadeza fue removiendo lo que intentaba ser una hamburguesa que nunca sentiría el ardor del fuego. Refrenó el impulso de llevar un buen trozo a la boca tomando un trago de vino.

- No seas tímida. Conmigo no es necesario sentir vergüenza. Tomate el tiempo que precises para degustar el corte que elegí especialmente para vos – sirvió más vino y apoyó su mano huesuda sobre la clavícula desnuda que, insolente, le provocaba en un gesto mudo.
- ¿Vos también vas a comer? ¿Querés que compartamos la misma pieza? – sonrió con deseo reprimido.
- Corazón… Yo tengo mi propia ración. Ahora disfrutá vos. Este es TU

momento. Quiero que te luzcas para mí – le acercó el plato y alejó la copa en un movimiento de dominio que le hacía saber quién mandaba en su casa – Hace mucho tiempo que no veo cómo come una mujer.

Iba a contestar, lo que sintió era una pregunta, pero optó por el silencio.

Apartó los cubiertos. Tomó un sorbo de vino que retuvo en la cavidad bucal y lo fue deslizando, a sorbitos, sobre la carne roja. La mirada concentrada marcaba los límites de aquel río oscuro. La luz de la vela, que triangulaba la cita en mitad de la mesa, dio el marco perfecto a ese paisaje íntimo.

El dedo índice, medio y anular marcaron huellitas que humedecieron el costado de la carne.

Los llevó a los labios para comprobar su sabor.

Las glándulas salivales respondieron ante el estímulo y una gota se deslizó desde el labio inferior hacia el extremo del mentón. Dubitativa la gota prefirió tomar un descanso en el pequeño hoyuelo que le marcaba desde el nacimiento.

En un beso lleno de hambre se la absorbió mientras acariciaba el lunar que reposaba sobre el hombro izquierdo.

Introdujo el primer trozo con ansias y lo dejó jugar entre las paredes internas de su boca. Disfrutaba la explosión de sabor cuando la sangre manaba de cada mordida. El placer oscuro le era negado al anfitrión. Solo ella se daría el lujo de saciar las ganas con inmenso goce.

En silencio él miraba cómo ella, extasiada, se entregaba al placer secreto de saborear su carne.

- Así, nena, así mismo. Dejate llevar. Que la música te guíe. Es que… ya lo ves... Solo somos un par de caníbales.
- Es la carne más tierna que he probado en mi vida – chorreaba sangre de la comisura de sus labios – Sos el hombre más tierno que voy a probar en mi vida.
- Esta es la forma cruda de demostrarte mi amor – probó el cuello terso con la lengua rebosante de vino.

En el último bocado retuvo el impulso de tragar y se pegó a sus labios. Deslizó como en un puente secreto la última porción que también contenía parte de su ADN. Le beso hasta rozarle la campanilla con aquella lengua inquieta y le ayudó a tragar el último rastro de cena.

- Así, nene, así me gusta. Usemos el amor como un puente. Eso sí… no te

avisé que cuando algo me gusta… siempre exijo dos platos.

Tomándola de la cintura, con el vestidito derramado en el suelo opaco, la llevó hacia el final.

Ahora sí.

Había llegado la hora de entregarle el bastión caníbal de la ternura.